

El Ánima de Ño Silvestre o Ño Quemao



«¡No me traiga velas, hijo, que yo estoy quemado, écheme agua por encima allá en el cementerio para que me calme esta calentura!»

WILMER VIZCAYA

En mis andanzas por Guanarito tras la huella del Silbón, el poeta Wilmer Vizcaya me narró una historia que incluyo en este trabajo por considerarla bastante interesante para ilustrar la proyección de la gente que habita nuestros llanos a creer realidad aquellos casos que pueden ser solo producto de la imaginación, del mágico pincel de la llanura.

WILMER VIZCAYA

En el caserío Los Botalones, cerca de Sabana Seca, aquí mismo en Guanarito, dicen que vivió un señor llamado Silvestre que tenía un rancho en mitad de la sabana. Este señor era tullido, es decir, no podía caminar. Una vez manos criminales prendieron fuego a la sabana y el rancho de Ño Silvestre, como todos los vecinos le llamaban cariñosamente, se quemó con él adentro.

Este acontecimiento, como decía la gente de antes, causó mucha tristeza, pues toda la comunidad quería mucho a Ño Silvestre. Como ese señor era un mártir, y por la forma tan horrible como fue sacrificado, él comenzó a hacer milagros; pero la gente no le ofrecía velas, sino viajes de agua para regarle la sepultura. Dicen que muchas personas iban con taparas, ollas, chirguas, tinajas, totumas, tobos y cualquier tipo de vasija llena de agua para humedecer su tumba y así calmarle el ardor de su quemada. Dicen que la gente optó por llevarle agua a la tumba debido a que una vez un devoto le estaba ofreciendo velas a cambio de un favor que le pedía y Ño Silvestre se le apareció y le dijo: ¡No me traiga velas, hijo, que yo estoy quemado, écheme agua por encima allá en el cementerio para que me calme esta calentura! De allí surgió ese acto inexplicable de no prenderle velas en su tumba, sino regarla con agua fresca.